

EL LIBERTADOR

Y LA

GRAN COLOMBIA



Mayor RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

El 17 de diciembre se cumplieron 139^o años de la muerte del Libertador y 150 de la creación de la Gran Colombia. Con tal motivo se cumplió en la Plaza de Bolívar de Bogotá un homenaje conjunto de los países Bolivarianos, las Fuerzas Militares, la Academia de Historia, la Sociedad Bolivariana, el Instituto Sanmartiniano y otros organismos de cultura.

Como orador fue incluido el Mayor Ramiro Zambrano Cárdenas, cuyas palabras fueron:

Navidad triste la de aquel año de 1830: moría un hombre providencial para estas tierras y agonizaba también la más ambiciosa de sus ideas; una Colombia grande, cercana a los cinco millones de kilómetros extendidos desde Guayana hasta las márgenes del Marañón, que denominada con justicia "Gran Colombia", llenó por una década la escena política de América Española, tinta aún en la sangre de sus libertadores.

El correr del tiempo ha querido que se reúnan en una sola fecha el recuerdo sesquicentenario del Congreso de Angostura y el centésimo trigésimo noveno aniversario de la muerte de su fecundo inspirador; de ese sociólogo de la política americana, que en la Carta de Jamaica y en el discurso pronunciado para instalar ese Congreso magistral, sobre las márgenes del Orinoco, dejara las mejores piezas explicativas de cómo entendía el arte de gobernar a los hombres y a los pueblos.

Fue también la una de la tarde de la misma fecha, —a escasos once años de distancia en el tiempo— la hora culminante para que en el delta del

Orinoco, Francisco Antonio Zea, interpretando fielmente el ideario bolivariano, pronunciara aquel solemne "Colombia queda constituida", y para que frente a la bahía de Santa Marta, generales y amigos de este hombre-idea cuyo recuerdo nos congrega, entonasen las oraciones usuales, frente al cadáver del caraqueño continental que en vida llevó tantos nombres como naciones habría de libertar.

El paso de los años, ha querido que se confundan hoy dos recuerdos: el del hombre fuera de lo común, que reuniendo condiciones de pensador, soldado, estadista, sociólogo, y hasta de literato de valía, consagró su vida al ideal propuesto; logró reunir en Ayacucho —última etapa de larga campaña militar— soldados de nueve países bajo la bandera única de la independencia, y continúa congregando dos veces al año, homenajes similares a este, en el cual llegan los laureles del reconocimiento ciudadano hasta el bronce de su Libertador.

Año tras año, en ciudades y en aldeas de Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia, Panamá y todo el continente,



Mayor RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

se reúnen personas de los más variados estratos, para escuchar frases vibrantes o períodos académicos y reflexivos, que hablan de las virtudes y realizaciones de este abanderado del idealismo americano, que tuvo la osadía de hablar sobre la conveniencia de reunir en congreso a todos los pueblos del Continente, hace casi siglo y medio; con tanta vehemencia, con tanta propiedad de ideas, y paradójicamente en una época de coloniaje, de concepciones parroquiales y cuando en la mayor parte del mundo aún se pensaba con respeto en el derecho divino de los monarcas y de las monarquías.

“Una sola debe ser la Patria de todos los hijos de Colón”, fue premisa sustancial en la estructuración del silogismo bolivariano, que en el Congreso Constituyente de Angostura y en el anfictiónico de Panamá, hallara sus más exactas concreciones.

Ya, en el discurso inaugural de Angostura, el 15 de febrero de 1819, refrenda las ideas, —¿acaso bebidas en los enciclopedistas franceses?— con que el 6 de septiembre de 1815, había

hecho un análisis profético del devenir continental para decir: “La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una república; moral y luces son nuestras primeras necesidades”. ¿No es este, un juicio certero que refleja las más urgentes necesidades —de ayer y de hoy— para estos pueblos de suramérica, duramente fustigados por el determinismo geográfico, y acosados a diario por los rigores del trópico y de la economía deficitaria, que enervan los corazones y las mentes?

Allá mismo, en la Angostura de entonces, al instalar la reunión de visionarios que con Francisco Antonio Zea deberían edificar una república sobre territorios vasallos aún de la corona ibérica, Bolívar les previene: “Constituyamos este Aerópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la república; que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue los principios de la corrupción, de los ejemplos perniciosos, debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas...”.

¡Bolívar teme entonces por los hombres! ¿Y no son ellos quienes han quebrantado siempre la frágil estructura jurídica con que quisieron un día imponer la ley y el orden, condiciones básicas de gobierno en toda comunidad nacional?

Bolívar sigue temiendo por el hombre, y años más tarde —febrero 21 de 1825— en carta dirigida a Antonio José de Sucre, cuando parecía dominar la ley del más fuerte, o la razón de la espada victoriosa, tiene el valor de afirmar: “Ni usted, ni yo, ni el congreso mismo del Perú, ni el de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América”.

Y los temores de Bolívar por los hombres no eran vanos ni infundados: Los intereses pequeños, prevaleciendo sobre los intereses grandes, llevaron a la división de la que pudo haber sido la más próspera de las repúblicas hispanoparlantes. La espada dejó de ser el firme sostén para la norma jurídica y el edificio grancolombiano se desmoronó, con la misma celeridad con que las ambiciones humanas olvidaron el sentido de la solidaridad, para correr tras los vientos cambiantes de la fortuna.

Distinto fue el destino grancolombiano a aquel entrevistado por John Quincy Adams al afirmar: “Si la república de Colombia puede conservar todo el territorio que hoy le corresponde y si goza del beneficio de un Gobierno que realmente proteja los intereses de su pueblo, está destinada a ser una de las más poderosas naciones del mundo”. Muy diferente destino del entrevistado por Bolívar corrió su hija política, favorita desde los sueños proféticos de Jamaica. En el vacío cayeron también las palabras de aquel teniente de ingenieros, español por nacimiento y americano de corazón, de aquel buen don

Manuel de Torres, quien un día dijera: “La república de Colombia parece haber sido destinada por el Autor de la naturaleza para ser el centro de la familia humana”.

Hoy, cuando a siglo y medio de distancia apreciamos el valor de una nación que entonces surgía bajo augurios más positivos que negativos, debemos reconocer, que si en el campo interno las disensiones y la no correspondencia a una realidad sociológica de masas, destruyeron el porvenir de tal república, su realización acusó caracteres más positivos en el plano internacional. Allí, la proclamación del arbitraje para la solución pacífica de los diferendos; la aceptación del “uti possidetis juris”, como doctrina en la fijación de límites; el reconocimiento del principio de la juridicidad; y la certidumbre sobre existencia de un derecho público continental, puesto de presente en la Asamblea de Panamá, educaron a América para pensar en grande. Los principios porque luchaba nuestra Cancillería, hicieron prevalecer el ideario internacional de la Gran Colombia, más allá de los resultados de acuerdos bilaterales con países del norte y del sur, y más allá también de un tratado multilateral, iniciado en Panamá, proseguido en Tacubaya y jamás ratificado por los países signatarios de 1826 y 1828.

Alguien anotaba con certeza que la Gran Colombia no fue inútil, porque nos acostumbró a pensar en grande; a sentir la grandeza, a vivir continentalmente y es este quizás el pensamiento central que podemos presentar hoy

y aquí frente al bronce de un hombre, de cuyo tránsito mortal nos separan ya los avatares de casi siglo y medio.

Establecimientos, plazas, ciudades, provincias y naciones, llevan hoy el nombre de Bolívar. Dentro de los medios cultos su semblanza adquiere resonancias extracontinentales, y en la medida en que el tiempo transcurre, sufre su memoria un proceso de desmitificación. El Bolívar de hoy desconoce la frase adjetivada con que se le honraba por otras generaciones. Se acerca quizás más ahora a la realidad de su destino: el de un hombre dinámico que enseñó a conjugar el verbo **Libertar** sobre la geografía del Ande. El de un sociólogo que desde entonces vaticinaba las crudas realidades de estos tiempos. El de un soldado que empuñó más la antorcha ardiente de una idea que el acero tajante de su espada.

Es a ese Bolívar, más hombre que

mito, a quien vosotros distinguidos diplomáticos, académicos, ciudadanos y hombres de letras habeis ofrecido hoy un homenaje de flores y laureles; es el Jefe y el compañero frente a quien rendisteis vuestros honores de reglamento, soldados colombianos. Es ante ese Bolívar vibrante, en la plena dimensión de sus valores y defectos, ante quien traigo la voz agradecida de la Sociedad Bolivariana de Colombia.

El calendario señala la mejor ofrenda a nuestro Libertador, es hoy un día luctuoso si dirigimos la vista ciento treinta y nueve años atrás; pero es también una fecha de gloria para Simón Bolívar, cuando miramos cómo la Gran Colombia, esa Gran Colombia espiritual que no se disolvió y que dio por primera vez certidumbre de la fraternidad americana, nació en esta misma hora, el 17 de diciembre del año de gracia de 1819!

“De Bolívar hay que hablar con una montaña por tribuna, entre relámpagos y rayos, con un manojo de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies”.

(Eloy González).